

Las Misiones Pedagógicas: 1931-1935

Las Misiones Pedagógicas desarrollaron durante los primeros años de la Segunda República una labor de divulgación cultural y de concienciación cívica que no tiene en nuestra Historia parangón. Lo que se propuso y logró este proyecto —así como lo que no se llegó a plantear y, por tanto, no consiguió—, hay que explicarlo teniendo en cuenta el fracaso del sistema político de la Restauración y sus secuelas sociales y culturales, documentadas precisamente en las *Memorias* de las Misiones Pedagógicas y resumibles en estos términos: caciquismo y abandono de la España rural en la mayor indigencia política y cultural. Por otra parte, las Misiones hay que relacionarlas con el krausismo y la Institución Libre de Enseñanza y, a la vez, con movimientos regeneracionistas como el costismo que pedía para España «escuela y despensa», con la Extensión Universitaria de Oviedo, con la Escuela Nueva, con las Universidades Populares, con Luis Bello y su propuesta de creación de una Sociedad de Amigos de la Escuela... Y, naturalmente, con la figura del mentor de las Misiones, don Manuel Bartolomé Cossío, quien, como ha documentado Eleanor Krane Paucker,¹ habló reiteradamente, desde 1882, de que era necesario fomentar «obras escolares complementarias», organizar «bibliotecas ambulantes», impulsar la formación «superior del profesorado escolar», para así llevar, dentro y fuera de la escuela: «acción social; difusión de los resultados; higiene; misión moralizadora; refinamiento estético».

Es cierto que en las repetidas llamadas de atención sobre las «anémicas escuelas» y la falta de «animación espiritual» en que se hallaba sumido el pueblo, especialmente en las zonas rurales, había un componente utópico y una valoración de lo educativo sobre lo económico (primacía de la «escuela» sobre la «despensa»), pero, siendo todo esto, repito, cierto, no lo es menos que las propuestas, hechas por las Misiones, de aculturación partían también de una toma de conciencia y de un compromiso con la realidad socio-política y económica sobre la que ulteriormente revertiría la acción educativa. En el caso de las Misiones no se da, en términos generales, el «fondo elitista» que descubre Elías Díaz en el krausismo:

Resulta fácil descubrir un fondo elitista y de cierto aristocratismo intelectual en ese moderado reformismo armónico del krausismo; su sincero intento de evitar el distanciamiento con respecto del pueblo puede decirse que no logra superar el apenas disimulado recelo ante el hecho de

¹ «Cinco años de Misiones», *Revista de Occidente* (abril, 1981), pp. 234-236. Cf. también Germán Somolinos, «Las Misiones Pedagógicas de España (1931-1936)» Cuadernos Americanos (Septiembre-octubre, 1953), en donde ya antes que Paucker había señalado que la idea de llevar a cabo estas labores pedagógicas fue apuntada por Cossío en 1882, en su ensayo «Carácter de la educación primaria».

la incorporación real de las masas, de la plena participación de éstas en la vida política, social y económica.²

Las Misiones, en definitiva, encuentran su justificación y su razón de ser en la creencia de que podían contribuir a que el pueblo (mejor que hablar de masas) se incorporara por la cultura en la vida política, social y económica. A las Misiones se las podrá acusar de haber equivocado el medio, porque la cultura no basta para alcanzar tales metas, porque antes había que cambiar las estructuras económicas del país y llevar a cabo la reforma agraria... Sí, estos argumentos pueden ser válidos a la hora de juzgar y discutir los supuestos de que partían las Misiones. Sin embargo, me parece, por el momento, más válido explicarnos qué fueron las Misiones, qué pretendieron conseguir, qué cambios fueron capaces de introducir en sus puntos originales de partida. De ahí la utilidad de la cita de Elías Díaz, pues, aun cuando él se refiere al krausismo y no a las Misiones, nos da una clave de las Misiones, ya que estando éstas en estrecha conexión con el krausismo consiguieron vencer el distanciamiento con la realidad, con el pueblo.

Importa reseñar esta diferenciación de entrada. Entre otros motivos porque se ha tendido a interpretar las metas de las Misiones como utopías asépticas y fragmentarias, como un lujo estetizante, como una simple siembra de sensaciones estéticas en tierras de barbecho. Tuñón de Lara no duda en hacer afirmaciones en el sentido siguiente:

... el «misionero» que llegaba al pueblo con el gramófono, el proyector cinematográfico, la biblioteca y las más de las veces con teatrillo y coro (hubo también el museo ambulante), no respondía a la idea misional de integrarse en el pueblo de misión, sino a la de aportar, en forzosa momentaneidad, elementos de cultura. Esa misión, sin transformar las estructuras agrarias de un país, era como plantar árboles por la copa.³

Tras estos juicios resulta, entre paradójico e irónico, que Tuñón de Lara pida a renglón seguido la no infravaloración de la obra de las Misiones. (Además, adelanto que esa nómima de aciertos que quiere atribuir a las Misiones no es más que una manifestación externa de «otras finalidades» que hay que indagar con detenimiento, dado que en estas «otras finalidades» está la clave para la comprensión de lo que pretendieron ser las Misiones.) He aquí el párrafo de Tuñón de Lara a que me refiero:

No cabe, empero, infravalorar aquellos esfuerzos. Las Misiones daban conferencias divulgativas con proyecciones cinematográficas o fijas, recitaban poemas y romances, desde el *Mío Cid*

² «Estudio preliminar» a G. de Azcárate, *Minuta de un testamento* (Barcelona, 1967), p. 15.

³ Medio siglo de cultura española [1885-1936] (Madrid, 1970), p. 260. Para John Crispin, que cita también este texto en «Antonio Sánchez Barbudo, Misionero Pedagógico», Homenaje a Antonio Sánchez Barbudo. Ensayos de literatura española moderna (Madison, 1981), p. 19: «... calificar su esfuerzo (el de las Misiones) de escapismo esteticista y negarle todo valor social es dar muestra de mala fe». El propio Sánchez Barbudo dio a Crispin esta opinión sobre el texto de Tuñón: «Esa crítica podrá ser justa o no, pero hay que decir que ninguno de los misioneros, que yo sepa, y no yo desde luego, confundíamos nunca "la utopía cultural con la justicia social". Veíamos la pobreza, el atraso, las injusticias, y todo ello nos afectaba mucho, aunque podíamos hacer poco o nada para remediarlo. Estábamos convencidos de la necesidad de radicales reformas. Sabíamos que la elevación del nivel cultural en los pueblos habría de tener como base indispensable la elevación del nivel económico. Y sabíamos que la República iniciaba y planeaba reformas, aunque éstas no fuesen casi nunca —por razones varias que no hemos de discutir aquí— todo lo amplias, rápidas y eficaces que hubiéramos querido. Mas con todo, nunca llegamos a creer que nuestra labor fuera inútil» (Crispin, pp. 21-22). Cf. nota 21 y también la postura de Rafael Dieste sobre el texto de Tuñón en la edición de su Teatro por Manuel Aznar (Barcelona, 1981), passim.

hasta Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado; interpretaban en su teatrillo pasos de Lope de Rueda, de Juan del Encina, Cervantes (el Coro y Teatro del Pueblo fueron dirigidos por Alejandro Casona), creaban bibliotecas en los pueblos y hasta crearon un museo ambulante con reproducciones de Berruguete, Ribera, «El Greco» y, sobre todo, de Velázquez y Goya, que se exhibían a los campesinos.⁴

¿Cómo dar carta de valor a esta nómina de esfuerzos si se parte del presupuesto de que «esa misión, sin transformar las estructuras agrarias de un país, era como plantar árboles por la copa»? Tuñón de Lara, en definitiva, viene prácticamente a descalificar el esfuerzo «pedagógico» de las Misiones en el medio rural y de otros intentos de acercamiento de la cultura a medios obreros (la Extensión Universitaria de Oviedo, los Teatros Universitarios, las Universidades Populares, etc.). Así concluye:

En suma, del heterogéneo panorama de corrientes culturales que hemos intentado reseñar, se desprendían, pese a esa diversidad, algunos rasgos comunes: el espíritu crítico de la realidad contemporánea, una tendencia a articular el hecho cultural en la totalidad de los hechos sociales, lo que implicaba un criterio de «popularización de la cultura» (bien en su sentido radical o bien en sentido aparential o «populista»); en fin, el moralismo, esa carga ética de que van impregnadas tantas obras de la tradición cultural española, unida, en algunas ocasiones, al utopismo educacional, es decir, a ese intento de que todo gravite sobre una parte del binomio costiano —escuela—, olvidando, o sencillamente posponiendo el otro —despensa—, en realidad algo más complejo que despensa.

La crítica de lo contemporáneo fue común a todas estas corrientes; pero algunas de ellas se encariñaron con lo rural-arcaico, en lo que tenía de negación de un sistema vigente; otros soñaron con el «hada de la cultura» que tocaría todo con su varita mágica; los de más allá clamaron su rebeldía contra una tabla de valores que habían dejado de serlo y cuya caducidad era evidente; y, algunos, trataron de buscar las raíces, de echar los cimientos de una nueva escuela de valores. Pero en estos últimos el ideologismo ético tendía ya un puente hacia la ciencia de la sociedad.⁵

Volveré sobre estos juicios críticos de Tuñón de Lara con los que, como decía, no estoy totalmente de acuerdo. Aunque hay, eso sí, un fondo de verdad en ellos, se verá, a la luz de los *Decretos* de fundación de las Misiones y de las *Memorias* de las Misiones que unas matizaciones, o incluso un replanteamiento de la cuestión, son algo necesario. Veamos, pues, unos fragmentos de esos textos para, desde ellos, ensayar una nueva aproximación a este tema.

A los pocos meses de la proclamación de la Segunda República, en *Decreto* del 29 de mayo de 1931⁶ firmado por Marcelino Domingo, ministro de Instrucción Pública, se creaba el Patronato de las Misiones Pedagógicas. Los propósitos y metas del proyecto cultural que la República se aprestaba a patrocinar eran descritos puntualmente y, desde los párrafos iniciales de ese *Decreto*, se dejaba constancia de que era imperativo

... llevar a las gentes, con preferencia a las que habitan en localidades rurales, el aliento del progreso y los medios de participar en él, en sus estímulos morales y en los ejemplos del avance

⁴ Medio siglo de cultura española, p. 260.

⁵ *Ibid.*, pp. 262-263. Sin embargo, de la Escuela Nueva dice que «en su heterogeneidad, creemos descubrir una nota esencial común: la inserción de lo cultural en el todo social; la orientación de considerar la cultura como un asunto de todos los hombres y, por añadidura, implicada, inserta en el juego de los mecanismos sociales, enlazando su porvenir con el de las fuerzas sociales ascensionales», p. 179.

⁶ Patronato de Misiones Pedagógicas: Septiembre de 1931-Diciembre de 1933 (*Madrid*, 1934), pp. 153-156.